

Itinerario de Pedro Henríquez Ureña

Javier Wimer

En memoria de Natasha

El 12 de mayo de 1946 murió Pedro Henríquez Ureña, con el orden, pulcritud y discreción que caracterizaron su vida. Dejó una considerable obra escrita y, sobre todo, la memoria de un impecable magisterio que atestiguan su familia, sus numerosos amigos y discípulos. Sin embargo, toda memoria se desvanece con el paso del tiempo y es necesario restaurarla, renovarla, recrearla desde perspectivas diferentes.

Iniciar esta tarea ahora, obliga a decir lo que todos sabemos: que más allá de sus talentos como escritor, Pedro Henríquez Ureña fue el maestro, el guía intelectual y moral de varias generaciones de escritores iberoamericanos. Al hacer su elogio, Borges dirá que: *Maestro es quien enseña con el ejemplo la manera de tratar con las cosas, un estilo de enfrentarse con el incesante y vario universo.*

Conviene esta definición a quien siempre se mantuvo fiel a su vocación y supo convertirla en destino. A quien vivió con intensidad pero sin desmesura, a quien entró en el mundo pero no se dejó envolver por él. A quien lo atravesó limpiamente sin desviarse de su camino.

Henríquez Ureña repartió su vida entre la creación literaria y la creación de espacios comunes para la actividad intelectual. Algunos sospechan o afirman que este quehacer social fue tan importante o más importante que su obra escrita. Julio Torri afirma que *sus escritos, con serlo tanto, son menos valiosos que su influencia personal* y el propio Henríquez Ureña le dice irónicamente a Reyes: *me he convencido, con tristeza, que soy superior en la vida a lo que estoy escribiendo.*

En verdad, su vida y su obra literaria forman un proceso sin solución de continuidad. No pueden entenderse cabalmente si no se examinan en conjunto, si no se sitúan en la urdimbre de sus interrelaciones. Su biografía da sentido a sus textos, muchos de ellos circunstanciales, y los artículos, los ensayos, los libros, se vuelven puntos de referencia para fijar la sucesión de sus necesidades y decisiones.

Los ciclos de su vida están regidos por los viajes con los que cambia de país y de proyecto. Explica en sus *Memorias* y en sus cartas las razones que lo movían para emprender cada uno de ellos pero no la causa general de su permanente exigencia de cambio que, a la larga,



terminaría por convertirlo en una especie de exiliado crónico.

Se puede decir que, en la trama de su destino, el azar y la necesidad tuvieron un feliz encuentro. Las circunstancias externas facilitaron repetidamente sus apremios de viaje, su disposición para levantar casa e instalarse en otro lado. Tales circunstancias lo impulsaban, de tanto en tanto, a emprender una nueva aventura y una nueva vida. Pero sería una notoria exageración presentarlo como un hombre acostumbrado al tránsito y a la mudanza, diestro en armar y desarmar tiendas en el desierto. Fue, más bien, un hombre de gabinete al que le interesaba el mundo y un viajero, práctico y meticuloso, que dividió su existencia en varios capítulos o estaciones.

Pedro Henríquez Ureña nació el año de 1884 en Santo Domingo y a los dieciséis años dejó su casa y su país. Sólo volvería a residir en la isla entre 1931 y 1933.

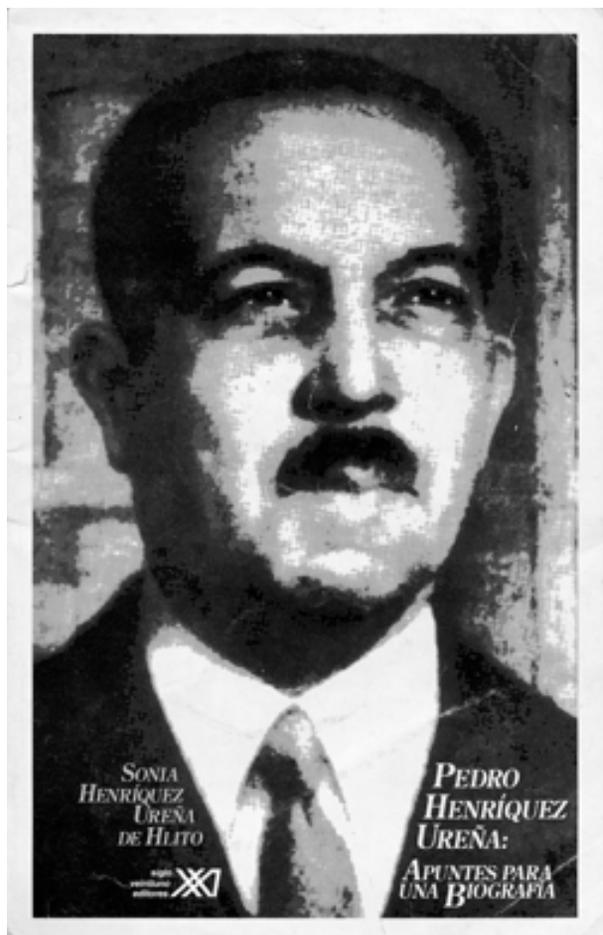
El resto de su vida lo pasó principalmente en Cuba, los Estados Unidos, México, España y Argentina. No obstante siempre mantuvo una estrecha y persistente relación con su patria. Siguió al detalle sus aconteceres, publicó de modo sistemático en revistas y periódicos locales y, a pesar de que confesaba su aversión por la política, colaboró con su padre en patrióticas gestiones para que el ejército norteamericano desocupara Santo Domingo.

Sobre la naturaleza de su relación con Santo Domingo fue invariable su actitud y categórico su testimonio. En 1916, cuando era profesor en la Universidad de Minnesota y su padre Presidente Provisional de la República Dominicana, un periódico norteamericano publicó una nota donde afirmaba su predilección patriótica por los Estados Unidos.

En dos ocasiones sucesivas desmintió el infundio. *Ustedes son un pueblo grande y feliz; los de Santo Domingo somos chicos y pobres, pero mi lealtad está enteramente con mi país. He sido acusado de preferir este país. No es así.*

Sus otras patrias fueron México y Argentina. Residió en México durante dos etapas: primero de 1906 a 1914 y luego de 1921 a 1924. Algo más de once años y, sin duda, en la etapa más intensa de su actividad intelectual.

Una de las etapas más importantes, si no la más importante de su vida, en donde se va a identificar con el país y va a dar lo mejor de sí, con el apasionamiento de la juventud. Coincidirá además con la transformación cultural y social de México, dice su hija Sonia.



Aquí conoció a sus mejores amigos, participó en exaltadas aventuras intelectuales y en el proceso que troqueló el perfil de la nueva cultura mexicana. Asistió a los ambiguos estertores del porfirismo, al ascenso y asesinato de Madero, a la breve satrapía de Huerta y al principio de las sangrientas disputas por el poder revolucionario.

Luego se estableció en los Estados Unidos, viajó a España, volvió a México y comenzó a sentir atracción por esa Argentina, anterior a 1930, que fue tierra de promisión para muchos y también para Henríquez Ureña. Eran tiempos en que la paz y la riqueza del país se extendían como una certidumbre de hierba verde por los inmensos territorios de la pampa. En el centro resplandecía Buenos Aires, ciudad de piedras y bronce europeos, de altos poetas y pensadores, de refinamientos y extravagancias mundanas.

Pedro Henríquez Ureña llegó a Buenos Aires en 1923 en compañía de su amigo José Vasconcelos, quien presidía una misión cultural en su carácter de Secretario de Educación Pública de México. Fue un viaje exploratorio pues ya tenía ahí valiosas relaciones y, en la mente, el proyecto para instalarse en esas tierras. Lo hizo un año más tarde, a mediados de 1924.

Vivió en Buenos Aires y en La Plata el resto de sus días, con los breves paréntesis de una estancia en Santo Domingo, que él imaginaba definitiva y que duró menos de dos años, de otra en Boston para dar conferencias y de algunos viajes menores. Su vida en Argentina tuvo luces y sombras. Su inteligencia, su cultura y su encanto le abrieron las puertas del medio intelectual y universitario aunque —según me contó Borges en varias ocasiones— algunos profesores hacían burla de su origen caribeño. También en Buenos Aires, ciudad donde se entreveraban los inmigrantes de todas las razas y lenguas, donde pululaban ciudadanos que apenas hablaban el español, se le tenía por extranjero.

Volver a su patria fue una idea recurrente. Pero durante el lapso de su vida, Santo Domingo no conoció buenos momentos. De 1916 a 1926 estuvo ocupado por los tristemente célebres *marines* americanos y en 1930 un huracán devastó completamente la capital, cuya reconstrucción sirvió de pretexto para afianzar la naciente dictadura de Trujillo.

Se puede decir que Pedro Henríquez Ureña tuvo varias patrias pero sería más exacto decir que tuvo varias medias patrias. Vivió la eterna dualidad de los desterrados que, en el plano de la psicología profunda, se desplazan interminablemente entre paraísos perdidos y tierras prometidas. En ese espacio circular donde nostalgia y esperanza se confunden, donde el pasado se percibe como límite del futuro.

Santo Domingo fue la tierra abandonada y México la tierra no totalmente propia ni totalmente conquistada. En apariencia, no le preocupaban mayormente los pro-

Se puede decir que Pedro Henríquez Ureña tuvo varias patrias pero sería más exacto decir que tuvo varias medias patrias.

blemas relacionados con sus afinidades nacionales y con sus lugares de residencia, convencido de que los países iberoamericanos eran una prolongación de su propia casa y de que nunca se había *sentido extranjero en la América española, entre compañeros de esfuerzo y de estudio*.

Pero es indudable que su condición de extranjero le pesaba, le ocasionaba molestias prácticas y facilitaba las intrigas de colegas ambiciosos. La importancia de su actividad pública a través de sus escritos, cátedras, conferencias y relaciones sociales desembocaba, de modo natural, en el desempeño de posiciones que ambicionaban otros.

Relata en los siguientes términos la conversación que tuvo en 1909 con su distante amigo José María Lozano: *...y acabó diciéndome que tenía deseos de mexicanizarme. ¡Curiosa actitud! No es el primero que desea arrigarme; los otros amigos, los más íntimos, vienen diciendo lo mismo hace dos años; pero no han hecho un solo movimiento eficaz.*

José Vasconcelos dejó constancia del tema en el Uises Criollo: *Y si no quieres hacerte mexicano porque tu país es pequeño y no te resuelves a dejarlo, entonces renuncia a toda ambición política, vete a tu país y allí serás en seguida ministro, lo mismo que yo.*

De estos textos se sigue que los amigos de Henríquez Ureña lo animaban para que se naturalizara mexicano. Al principio jugó con la idea y luego la desechó.

Desde la Habana le escribe a Reyes en 1914: *ahora me convenzo de que no me gusta ni México ni Santo Domingo ni Cuba..., es probable que tenga secreta preferencia por México.*

Al comentar esta carta y las circunstancias en que fue escrita, su hija Sonia escribe que este viaje señala un cambio, un viraje en la vida de su padre. Aquí empieza a notarse esa indecisión respecto del lugar en donde realmente le gustaría vivir y trabajar; después de abandonar México en 1914, comenzará una etapa de frecuentes viajes que acentuarán aún más esa intranquilidad. Hay algo como de identidad perdida... El mundo en su país no era el mismo. Su casa ya no estaba ahí.

Sabemos, en rigor, la forma como Henríquez Ureña interiorizó el problema del destierro y del desarraigo. Pero nunca lo hizo tema de una reflexión mayor y sólo lo

trató en breves e impacientes renglones. No tuvo tiempo de consignarlo como una enfermedad propia e incurable, ocupado, como estaba, en tareas más trascendentes.

El valor intrínseco de la obra escrita por Pedro Henríquez Ureña, desde sus eruditos trabajos sobre la métrica castellana hasta sus brillantes crónicas teatrales, no puede hacernos olvidar que sólo se trata de una parte de la obra inmensa que realizó como guía espiritual, como concertador de grupos, corrientes e instituciones que influyeron decisivamente en el destino de la cultura hispanoamericana. Para descubrir y comprender esta obra, es necesario seguir el hilo de las mutaciones que se produjeron durante los distintos estadios de su vida.

La abundancia de viajes y precisiones sobre los viajes, registrados originalmente en las memorias, cartas y opiniones del propio escritor, facilita la tarea de dividir su vida en etapas convencionales. La primera de ellas, que corresponde a su niñez y primera juventud, termina en 1906 cuando a la edad de veintiún años decide separarse de su familia y trasladarse a México. Es su etapa formativa, su etapa iniciática.

Fue su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, uno de los hombres públicos que más se distinguieron en el empeño de dar forma a las dispersas aguas de la nacionalidad dominicana. Toda su actividad como jurista, médico, pedagogo y diplomático estuvo templada en el yunque de sus convicciones laicas y republicanas. Dirigió la Escuela Preparatoria y llegó a ser Ministro de Relaciones Exteriores y Presidente de la República en 1916.

Su madre, Salomé Ureña, la más célebre escritora y educadora dominicana del siglo XIX, fundó la Escuela para Señoritas, en un mundo donde sólo existían las escuelas privadas y donde las llamadas *lecciones de cosas* constituían la mejor opción educativa para las jóvenes de clases acomodadas. Sus tareas merecieron el reconocimiento y el homenaje de grandes personajes de la época, como Marcelino Menéndez y Pelayo.

Con tales antecedentes, no resulta extraño que la casa de los Henríquez Ureña haya sido una escuela, un verdadero taller donde los hijos del matrimonio descubrieron la riqueza del mundo en las palabras de sus padres, en los libros de la biblioteca familiar y en esa incesante tertulia

a la que asistían hombres tan ilustres como Eugenio María de Hostos, fundador de la Escuela Normal, José Martí o Emilio Prud'homme, fundador del Liceo Dominicano. Es decir, la élite de los poetas, intelectuales y educadores americanos.

La pareja tuvo tres hijos varones y una niña. El padre emprendió un largo viaje en compañía de su hijo mayor; y Pedro, el segundo, ocupó durante cuatro años el lugar del primogénito. Papel que bien se acomodaba a su temperamento y a su temprana inclinación por el magisterio que, entonces, comenzó a ejercer en beneficio de Max, su hermano menor.

Tuvo una temprana curiosidad intelectual y una memoria portentosa. A los cuatro años ya sabía leer y después de haber devorado todas las bibliotecas del mundo llegó a saber de memoria más de cien mil versos. En sus primeros años se interesó por las ciencias pero, a poco, las relegó a un segundo plano para dedicarse a la lectura de poesía, novela y teatro.

Mantuvo su interés por la ciencia con cierto sentimiento de frustración y de nostalgia, como si se tratara de un imposible amorío de juventud. Por eso pudo reprocharle a Ernesto Sábato que cambiara la física por la literatura.

Desde los patios, cuartos y desvanes de su casa, los niños iniciaron el descubrimiento de la realidad y jugaron a crear su propia república de las letras: jugaron a leer, a escribir poemas y a recitarlos, a interpretar obras de teatro, a redactar periódicos y a elaborar antologías. A muy temprana edad ya eran fanáticos de Shakespeare.

Su madre muere en 1897, antes de que Pedro cumpliera trece años. Al suceso le siguen días *de inconsciencia y estupor* pero meses después recobra su intensa actividad intelectual. En 1900 frecuenta un círculo que exalta y decanta sus gustos literarios. El programa es muy vasto: lectura y comentarios de clásicos grecolatinos y españoles, Shakespeare, novela rusa y francesa, D'Annunzio, Hauptmann, Suderman y *en especial el teatro de Ibsen cuyo apasionado culto fue el alma de nuestras reuniones*. Al año siguiente termina su bachillerato y viaja a Nueva York con su padre y con su hermano mayor. El padre, entonces Ministro de Relaciones Exteriores, andaba en gira de trabajo y deseaba que sus hijos perfeccionaran sus conocimientos de inglés.

En pocos meses lograron dominarlo y pudieron, entonces, gozar plenamente de la riqueza teatral de Nueva York y descifrar los inagotables secretos de la ciudad. Al año siguiente se les unió su hermano menor y ya los tres juntos pudieron recibir las malas noticias que, por carta, les llegaron de Santo Domingo. Había cambiado el gobierno del cual formaba parte su padre y éste, en la nueva situación, ya no podría sostenerlos en el extranjero.

Los hermanos no quieren interrumpir su experiencia norteamericana y para sobrevivir se ven obligados a em-

plearse en oficios ajenos a su interés. Pedro trabajaba jornadas interminables y disponía de poco tiempo para sus quehaceres habituales. Su padre, entre tanto, se trasladó a La Habana y luego a Santiago de Cuba, no sin antes preparar el terreno para que sus hijos pudieran instalarse en La Habana.

Su estancia de tres años en los Estados Unidos puede ser calificada de difícil, de áspera, por sus problemas de dinero y de salud, pero también fue particularmente fecunda desde el punto de vista formativo pues le permitió profundizar su conocimiento del inglés y afirmar su predilección por la literatura inglesa. El manejo de este idioma sería uno de los ejes principales de su desarrollo intelectual en contraposición con la mayor parte de los escritores hispanoamericanos de esa época cuyos modelos eran, predominantemente, franceses. Nunca lo sedujo el *American way of life* pero superó los prejuicios que tenían origen en sus ideas políticas y pudo percibir el sentido de esa forma de ser.

Durante estos años no fue dueño de su tiempo y escribió poco, aparte de algunas poesías y de las notas que enviaba y que en toda circunstancia seguiría enviando, a las publicaciones de su querida patria, tan próxima e inalcanzable como un espejismo.

En la primavera de 1904, dejó Nueva York y llegó a La Habana para emplearse con un amigo de su padre. Ahí encontró seguridad y condiciones satisfactorias de vida, una ciudad alegre, abierta y considerablemente cosmopolita, ya que entonces era un verdadero nudo o crucero de las comunicaciones marítimas, antesala de Nueva York y de Europa o, en sentido inverso, antesala de México, del Caribe y del Atlántico sudamericano. Era escenario, además, de una animada vida social y literaria. Su hermano Max fundó en Santiago la revista *Cuba Literaria* y en ella publicó Pedro varios poemas y ensayos sobre D'Annunzio, Shaw, José Enrique Rodó y el poeta dominicano José Joaquín Pérez, a quien admiraba desde sus años infantiles.

Decepcionado de la frivolidad que prevalecía en el medio literario de La Habana, dejó que el demonio del viaje se apoderara de su ánimo. Su padre vivía en el otro extremo de la isla y él no tenía aquí relaciones que lo retuvieran. No tenía motivos suficientes para quedarse pero tampoco para irse, a no ser la ilusión del cambio y el entusiasmo de un amigo suyo llamado Caricarte que se había mudado a Veracruz y la describía como una ciudad donde florecían las artes, las letras y las oportunidades para jóvenes de talento como ellos.

Los últimos días de 1905 recibió ejemplares de su primer libro, *Ensayos Críticos* y en enero de 1906 tomó un barco para Veracruz. No había solicitado el parecer paterno por suponer que sería adverso a sus designios y, con esta despedida, inauguraba simbólicamente su mayoría de edad.



Con su esposa, Isabel Lombardo Toledano, y sus hijas Sonia y Natasha

Aunque Pedro Henríquez Ureña tuvo el hábito de explicar la fatalidad o racionalidad de sus viajes, de sus ires y venires por el mundo, en esta circunstancia se advierte claramente que su deseo, su voluntad de cambio, es la razón de fondo que lo anima y que lo hace posible. Por eso resulta sospechoso el carácter necesario y casi inevitable que atribuye a sus otros viajes, no porque los motivos que invoca fueran inexactos o falsos sino porque se incorporaban a una previa disposición de ánimo, a una manera de resolver conflictos a partir del desplazamiento geográfico.

No tuvo una vida fácil. Siempre dispuso de medios limitados para atender a sus necesidades personales y familiares, debido a la constancia de su vocación, a su integridad moral y, también, a su manifiesto desinterés y falta de aptitud para los negocios. Conviene reconocer, sin embargo, que no todos los hombres y ni siquiera todos los escritores resuelven estos problemas tomando el camino del exilio.

En Veracruz sólo estuvo el tiempo necesario para comprobar que no era la gran metrópoli que había soñado su amigo y, también, para organizar una revista cuyas aspiraciones requerían de un enorme soporte financiero. A pesar de las dificultades que ofrecía el medio, los dos jóvenes amigos obtuvieron valiosas colaboraciones y lograron sacar a la luz la *Revista Crítica* que se proponía nada más y nada menos que ser *un periódico internacional, donde se analizara madura y honradamente la labor de cada país y dentro de cada país la de cada escritor.*

El proyecto mereció la simpatía de los más prestigiados escritores hispanoamericanos y de algunos personajes de poder como el Presidente Porfirio Díaz y el Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, que podrían haberle asegurado una larga vida. Por desgracia, sólo salieron dos números marcados por el estilo ampuloso y grandilocuente de Caricarte, quien pronto decidió abandonar la empresa y la ciudad en busca de nuevos horizontes. Henríquez Ureña se quedó al garete pero pronto fue invitado a colaborar con *El Imparcial*, importante periódico de la Ciudad de México.

En 1906, México comenzaba a hervir. Se habían agotado los esquemas políticos e intelectuales propuestos por el porfirismo y las nuevas generaciones se mostraban insatisfechas ante la opresión y el quietismo que eran frutos naturales de la dictadura.

Tres años antes se había reformado la constitución para extender el periodo presidencial de cuatro a seis años. Porfirio Díaz podría, de este modo, prolongar su séptimo mandato hasta 1910 y, tal vez, conseguir un octavo que terminaría en el remotísimo año de 1916.

El norte criollo reclamaba democracia y el sur, mestizo e indio, la devolución de las tierras que les fueron arrebatadas a los campesinos en nombre del liberalismo y de la modernidad. Los hombres que hicieron la Revolución de Ayutla, la Constitución de 1857 y la Reforma, consideraron al ejido y a la propiedad comunal no sólo como vestigios de un sistema arcaico sino como verdaderos obstáculos para el desarrollo del país. Al destruir

estas formas de propiedad, que habían amortiguado los rigores de la explotación colonial, los liberales extendieron las fronteras de la miseria indígena y campesina.

Los males de la dictadura no impedían, sin embargo, el avance del país. Crecían las ciudades y, con el proceso de urbanización, el número de personas con interés en la política y con capacidad de protesta. El silencio cerrado del campo y los murmullos de los centros urbanos se transformarían, a su tiempo, en proclamas, manifestaciones y huelgas, en ardientes materiales de la Revolución.

Antes, sin embargo, que las tensiones se convirtieran en turbulencias políticas, comenzó el desmantelamiento de las ideas e instituciones que estaban asociadas al porfirato. En primer término, el positivismo que era una especie de ideología oficial en el ámbito de la educación y de la cultura.

Henríquez Ureña se relacionó de inmediato con la élite del país: con los notables del régimen y con los jóvenes que pululaban en centros educativos y mesas de redacción, en cafés, teatros y salones literarios. Con los jóvenes que leían y discutían interminablemente en búsqueda de su camino propio.

Se insertó en el seno de un mundo en movimiento. Participó activamente en todos los círculos y manifestaciones de vanguardia. Animó lecturas, estudios, conferencias, periódicos, revistas literarias, exposiciones, conciertos, manifiestos y marchas públicas. Creyó firmemente en el valor de las tareas comunes y aprove-

chó su autoridad y su poder de persuasión para embarcar a sus amigos, compañeros y discípulos en grandes empresas colectivas.

Apenas llegado a México, se conectó con los grupos de la *Revista Moderna* y de *Savia Moderna*. En ese ámbito conoció a los amigos de su generación, de su grupo: a José Vasconcelos y Antonio Caso, mayores que él, a Carlos González Peña y Alfonso Reyes, un poco más jóvenes. Ellos lo acompañaron en su aventura intelectual y también fueron los destinatarios de opiniones y sugerencias que influyeron decisivamente en su orientación intelectual.

El año de 1907 fue clave en su vida y en el avance de su itinerante e invisible obra magisterial. Caso y Henríquez Ureña, que todavía eran defensores del positivismo, decidieron revisar su posición filosófica y salir *en busca de libros sobre el antiintelectualismo y el pragmatismo*. Entonces, dirá Henríquez Ureña, *en poco tiempo hicimos para nosotros la crítica del positivismo*.

Mucho eco tuvo esta toma de posición entre sus contemporáneos debido al creciente rechazo que suscitaba el dogmatismo positivista y a la influencia, también creciente, que tenía este grupo en la opinión ilustrada.

En abril apareció una *Revista Azul*, remedo y burla de la que, con el mismo nombre, había dirigido el poeta Manuel Gutiérrez Nájera. Los jóvenes de entonces ya le buscaban salida al modernismo, *al cisne de engañoso plumaje* de Enrique González Martínez, pero les parecía



inaceptable que el tema pudiera plantearse en términos tan vulgares. Los estudiantes organizaron una indignada marcha de protesta, en la cual anduvieron Pedro y Max Henríquez Ureña. El resultado fue curioso pues a fin de cuentas el alboroto abrió la puerta para extender, con la autoridad debida, el acta de defunción del movimiento modernista.

A mediados de 1907 se organizó la *Sociedad de Conferencias*, por iniciativa de Jesús Acevedo. Esta agrupación juvenil, que sería la semilla de otras, organizó un ciclo de seis conferencias que tuvieron una gran resonancia.

En marzo de 1908 se produjo otro incidente parecido al suscitado por la espúrea *Revista Azuly* que tuvo, como aquel, resultados igualmente paradójicos. Ante un panfleto y una campaña periodística contra la educación positivista organizada por los católicos, el mismo grupo de amigos —Jesús Acevedo, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José María Lozano— organizó tres grandes actos públicos donde se hizo la defensa de la educación liberal y, como ya se había propagado la crítica al modelo vigente, el primer asedio de importancia a la decadente fortaleza del positivismo.

El Ateneo de la Juventud, fundado en octubre de 1909, heredaba el prestigio profesional de cada uno de sus treinta socios. Antonio Caso fue electo presidente y el indispensable Pedro Henríquez Ureña, secretario.

Al año siguiente, 1910, el Ateneo de la Juventud ofreció un ciclo de conferencias que tiene gran importancia en la historia cultural de México debido a la presentación de un vigoroso grupo generacional y a la oportunidad histórica en que tomaba la palabra. Fue el año del centenario de la Independencia, el año de la reforma universitaria emprendida por Justo Sierra y el año de la revolución maderista.

La contribución de Pedro Henríquez Ureña a los acontecimientos que hicieron memorable este año fue, también, relevante. Por su iniciativa se creó la Escuela de Altos Estudios, dictó, en el Ateneo, su conferencia sobre *La obra de José Enrique Rodó*, publicó su libro *Horas de Estudio* y, en compañía de Luis G. Urbina y de Nicolás Rangel, la meritoria y celeberrima *Antología del Centenario*.

En 1911 hace una breve visita a La Habana y a su regreso encuentra un país diferente. Porfirio Díaz había tomado el camino del exilio y poco después Francisco I. Madero había sido electo presidente. Bajo las esperanzas que despertaba el nuevo régimen, se agitaban las fuerzas del pasado y se levantaba, entre sordos gruñidos, la hidra multitudinaria de la Revolución.

A pesar de los acontecimientos que perturbaban la realidad cotidiana y anticipaban jornadas de mayor peligro, a pesar de las preferencias políticas que dividían a las familias y a los grupos de amigos, seguía adelante la vida intelectual de México y el trabajo de Henríquez

Ureña. En 1912 contribuye a la formación de la Universidad Popular, uno de sus más generosos proyectos y en 1913 publica sus *Tablas cronológicas de la literatura española*, dicta sus conferencias sobre Juan Ruiz de Alarcón y sobre *La enseñanza de la literatura*. En 1914 inaugura la Escuela de Altos Estudios con un discurso sobre *La cultura de las humanidades*, termina su ensayo sobre sor Juana y presenta el examen para graduarse como abogado. La dictadura huertista había destruido su mundo y, de nuevo, resolvía el problema poniendo mar de por medio.

Pasa algunos meses en La Habana, donde también se relaciona con los principales grupos intelectuales, con el ilustre José María Chacón y Calvo y con Manuel Márquez Sterling, autor de un libro esencial sobre el asesinato de Madero. Le escribe a Reyes acerca de sus amigos jóvenes y de su influencia sobre ellos. Se siente realizado en los diálogos, las reuniones, los trabajos en común aunque escéptico, como siempre, del avance de su trabajo literario.

Sin embargo, en aquellos días escribía bien y mucho: notas, crónicas, conferencias y un ensayo sobre *El maestro Hernández Pérez de Oliva*, publicado poco antes de que saliera a Washington como corresponsal de un diario cubano.

Su estancia en los Estados Unidos duró poco más de cinco años, entre fines de 1914 y mediados de 1921 con dos intermedios europeos. Al llegar se dedicó al periodismo para posteriormente ocuparse, casi por completo, de dar clases regulares y conferencias en las universidades de Minnesota, Berkeley, Los Ángeles y Chicago. Durante este periodo, intensificó sus estudios de literatura norteamericana contemporánea y escribió un importante trabajo sobre *La versificación irregular en la poesía española*, cuyas versiones sucesivas le sirvieron para obtener la Maestría en Artes en 1917, el Doctorado en Artes en 1918 y para publicar un libro sobre el tema en el año de 1920.

Sus vacaciones en Madrid durante el otoño de 1917 fueron breves y agitadas. Alfonso Reyes lo alojó en su casa y lo incluyó en el círculo de amigos que trabajaban en el *Centro de Estudios Históricos*, dirigido por Ramón Menéndez Pidal. Trabajaba mucho, estaba enfermo, fatigado, y ninguno de sus colegas y amigos logró convencerlo de que se instalara en Madrid.

Su segundo viaje fue mejor. Volvió a Europa en 1919 y se quedó ahí cerca de un año. Se estableció en Madrid y consolidó sus relaciones con Menéndez Pidal y los amigos del *Centro de Estudios Históricos*.

Antes de regresar a Minnesota, hizo algunas traducciones y emprendió un largo y dichoso viaje por Italia. Todo indica que ya había tomado la decisión de no quedarse en España y que ya tramaba dejar los Estados Unidos para regresar a su propia América. De manera que cuando su amigo José Vasconcelos, Secretario de Educa-

ción Pública de México, le ofrece un cargo, lo acepta con naturalidad a pesar de conocer y tomar en cuenta las asperezas y complicaciones del temperamento vasconceliano. Regresa a México con el entusiasmo y la ansiedad de quien se entrega en los brazos de una amante peligrosa y voluble.

Su segunda residencia en México puede considerarse el capítulo final de sus andanzas juveniles. Llega en junio de 1921, días antes de cumplir treinta y siete años, e inmediatamente asume el inmenso trabajo que lo esperaba.

El país salió de la guerra civil devastado pero cierto de haber encontrado su camino. Era definitivo el triunfo de la Revolución, y el nuevo gobierno, en un clima de nacionalismo exaltado, garantizaba la paz y ofrecía el cumplimiento de un ambicioso programa social que comenzaba con el reparto agrario y culminaba con la educación popular.

La Secretaría de Educación Pública se fundó en el mismo año de 1931 y de inmediato se convirtió en el eje de las transformaciones ideológicas, educativas y culturales. La generación del Ateneo de la Juventud, a la que se agregaban algunos elementos de la Generación de 1915, había llegado ahí con toda su impedimenta intelectual, con sus amores y sus odios, con sus libros de Platón, de Hegel y de James bajo el brazo, y de ahí saldrían también las bulliciosas legiones de maestros encargados de llevar el alfabeto a los barrios obreros y a las aldeas campesinas.

Pedro Henríquez Ureña desempeñó un papel central en esta cruzada.

La lista de sus ocupaciones es impresionante: funda la Escuela de Verano, dirige la famosa colección de clásicos, diseña planes y programas de educación superior,

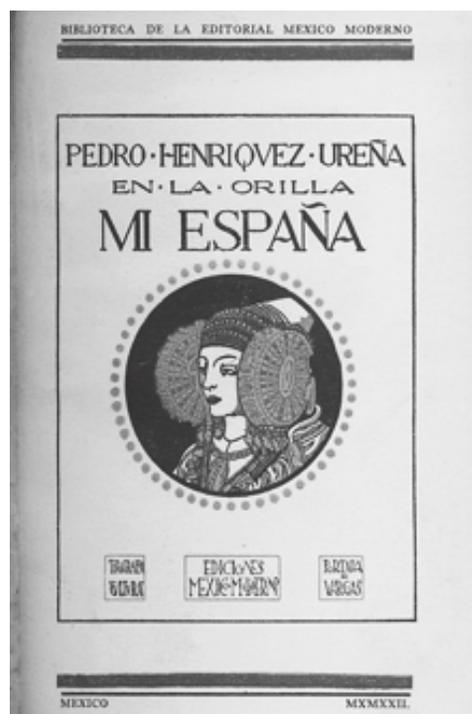
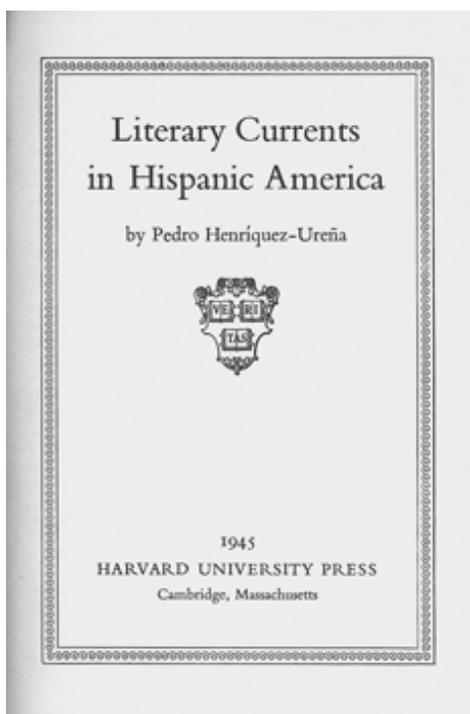
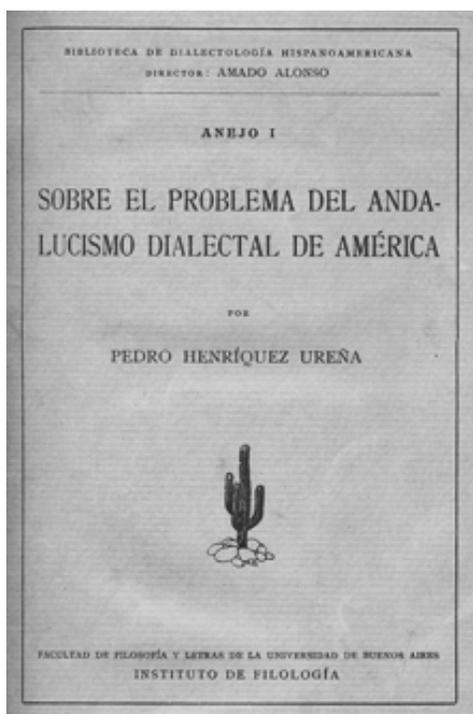
dirige un seminario de letras españolas, dicta una cátedra de literatura comparada y todavía se da tiempo para publicar ensayos eruditos. Por eso podrá decir con sobra de razones, que *diez trabajos estaban a mi cargo mientras sólo cobraba tres*.

En 1923 se casa con Isabel, hermana de Vicente Lombardo Toledano, director entonces de la Escuela Nacional Preparatoria. Entre sus testigos de boda figuraban José Vasconcelos, Antonio Caso y Daniel Cosío Villegas.

El buen entendimiento de este grupo no duraría mucho tiempo. Vasconcelos cesa a Lombardo como director de la Escuela Nacional Preparatoria y varios profesores, entre ellos Caso y Henríquez Ureña presentan su renuncia. También por razones de solidaridad con su cuñado deja de colaborar con el diario *El Mundo* de Martín Luis Guzmán y sobrevive con los escasos ingresos que le proporciona su cátedra en la Escuela de Altos Estudios y un cargo menor en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Poco después Lombardo Toledano se hace cargo de la gubernatura de Puebla y nombra a Henríquez Ureña Jefe del Departamento de Educación. En algunos meses cambia el gobierno y se queda nuevamente sin trabajo. Desde su rompimiento con Vasconcelos ya había hecho gestiones para establecerse en Argentina y el poeta Rafael Alberti Arrieta había conseguido que lo designaran como docente en el Colegio Nacional de La Plata.

No le faltaban, como siempre, buenas razones para emigrar. Las turbulencias de la política trastornaban su vida y México era, ciertamente, *demasiado intranquilo para el reposo a que tiene derecho un hombre que entra en la madurez*. Podría, sin embargo, haber resuelto sus problemas de otra manera si el destierro no hubiera for-



Pedro Henríquez Ureña creyó en la libertad, en la justicia social, en la democracia y en la autodeterminación de los pueblos.

mado parte de sus costumbres, si no hubiera sentido la necesidad de instalarse en Buenos Aires.

La idea de la obra como *opus*, como concreción material de un trabajo, como libro o partitura, oculta frecuentemente, entre escritores y artistas, la idea de la obra como vida y realización personal, como actividad o suma de actividades humanas. Hay ocasiones, sin embargo, en que este tema no puede ser soslayado y en que el conjunto del pensar y del hacer sólo puede ser entendido desde una perspectiva biográfica. Tal es el caso de Henríquez Ureña, cuya obra escrita aparece como parte de la obra educativa, de la obra invisible a la que dedicó su vida.

Sin embargo, su obra escrita es extensa y diversa. No la agotan los diez tomos que llevan el pie de imprenta de la Universidad de Santo Domingo y que no incluye en los numerosos textos que se conservan en el archivo de Emilio Rodríguez Demorizi. Habría que ordenarlos y clasificarlos como un primer paso en la edición definitiva de sus obras completas.

Pedro Henríquez Ureña incursionó en casi todos los géneros —poesía, cuento, teatro, crónica, ensayo— y sobresale, especialmente, como crítico literario. Su formación filosófica y literaria, su pasión pedagógica y su repugnancia por la pedantería fueron elementos que se combinaron para que pudiera exponer, con orden, economía de medios y transparencia, temas de gran complejidad.

Sorprende su agudeza y cierta manera, a la vez rotunda y matizada, de decir las cosas, de comunicarnos sus experiencias y juicios literarios. Ilumina rincones y sendas oscuras de la cultura y anticipa ideas que hoy son moneda de uso corriente o que dieron lugar a trabajos de mayor envergadura. Son conocidas sus notas sobre el carácter del mexicano o de los trabajos precursores sobre Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz, que años más tarde culminarían con la publicación de las obras completas de ambos autores preparadas, respectivamente, por Antonio Castro Leal y por los hermanos Méndez Plancarte.

A pesar de que sus estudios críticos son piezas indispensables en la historia de la literatura castellana, sólo llaman la atención de un modesto contingente de lectores. No debe considerarse un hecho excepcional pues la excelencia del ejercicio crítico nunca ha sido ni será garantía de popularidad. Debemos admitir que el género es naturalmente impopular y que, incluso en su tiempo, eran menos los lectores de Saint-Beuve o de Menéndez y Pelayo que los lectores de Víctor Hugo o de Bécquer.

Pedro Henríquez Ureña no fue sólo un hombre de gabinete, sino también un hombre público que salió al mundo en busca, no de poder, sino del *logos*, de la palabra que se genera, se propaga y se defiende en el encuentro con los otros. Él mismo lo dirá en los siguientes términos: *ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual ni tampoco social: es obra de un pequeño grupo que vive en alta tensión intelectual.*

Pero esta obra sería infecunda si se quedara en su matriz, si no llegara a las escuelas, a las calles y a las plazas públicas. Por eso Henríquez Ureña se ocupó de tales tareas. Fundó instituciones educativas y culturales, diseñó planes de estudio, escribió notas, redactó proclamas, organizó manifestaciones y participó en actividades políticas que no estuvieran abiertamente reñidas con su perenne condición de extranjero.

No aspiró a transformar la realidad por medio del poder, como Vasconcelos, ni eludió el compromiso político, como Reyes. Pero a pesar de su rechazo a la política, en el sentido convencional del término, fue hombre de firmes convicciones y acciones.

Creó en la libertad, en la justicia social, en la democracia y en la autodeterminación de los pueblos. Creó en la educación como instrumento indispensable para construir una sociedad democrática. Creó en la gran patria americana, en una cultura del espíritu que fuera capaz de trascender las limitaciones de una cultura del dinero.

Los hechos de su vida, las batallas que libró en defensa de su ética, de su política y de su estética constituyen su obra invisible, la palabra viva que dejó en los otros y que, agrega peso constante a su palabra.